

‘Gordo’ o ‘Madiba’

FERNANDO ALTUNA URCELAY

En los últimos años hemos asistido a la fabricación de un mito. La todopoderosa industria mercadotécnica de la izquierda abertzale ha logrado transformar a Arnaldo Otegi de un mister Hyde a un bondadoso doctor Jekyll. Prueba de este proceso estratégico fue que se apropiaron del icónico 46664, número de identificación que Nelson Mandela tenía en la prisión de Robben Island, y lo sustituyeron por el 87196005100, el que Otegi llevaba en la prisión de Logroño, centro penitenciario, por cierto, sito a tan sólo una decena de kilómetros de la frontera con Euskal Herria, hecho que aporta otro argumento para agrandar al mito: la crueldad del Estado español utilizando contra él la dispersión, como contra el resto de «presos vascos» (excluyéndose de este título al reo vascongado proxeneta, narcotraficante o pedófilo).

Otro ejemplo de la conexión ‘marketiniana’ entre Mandela y Otegi es cómo el grupo británico The Specials creó en 1984 un himno-ícono, ‘Free, Nelson Mandela’, que muchos jóvenes vascos bailábamos en las largas noches de verano. Hoy el #FreeOtegi inunda internet, por muy pequeño que sea el calado revolucionario del perfil elegido.

En el homenaje que Sortu realizó a Mandela con motivo de su fallecimiento, su líder Hasier Arraiz manifestó que «en el imaginario colectivo de mucha gente en Euskal Herria subyace el sueño de que, aquí como allí», se pueda ver al dirigente de la izquierda abertzale Arnaldo Otegi «algún día como el lehendakari de una Euskal Herria independiente». Arraiz recordó que Mandela emprendió la «lucha armada» para defender los derechos de los sudfricanos negros, apuntando que «nunca se arrepintió de ninguna parte de su trayectoria militante». El pasado 10 de febrero, en el último comunicado del colectivo de presos de ETA (EPPK), se recalca que «no se arrepentirán de su pasado» y que «nunca denunciarán ni delatarán a sus compañeros».

El mensaje del mito de Otegi atrae a políticos e intelectuales internacionales como Pepe Mújica, la exguerrillera Lucía Topolansky, el Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel y, cómo no, a Desmond Tutu. También a la intelectualidad patria (con perdón), como Alberto Garzón, Facu Díaz, Los Chikos del Maíz o Willy Toledo. Gracias a esta extraordinaria estrategia de blanqueo, parece que la opinión pública ha olvidado que Otegi ha cumplido condena por haberse erigido, junto con otras personas, «en receptores de las órdenes de ETA, en cuya organización esta-

ban integrados». Que los asesinatos, la persecución y los crímenes de odio cometidos por ETA (de la que formaba parte Batasuna) no se cometieron en una situación de conflicto, sino de paz. Y que hoy el entramado de la llamada izquierda abertzale se niega a condenar los asesinatos de ETA y a declarar que ningún fin político está por encima del derecho a la vida.

Desmontar un ícono a las puertas de llegar a los altares tiene sus dificultades, pero es hora de saber si estamos ante el mito, el líder o el hombre simple. Hay una frase obviada en esta operación de maquillaje: «Sin perdón no hay futuro, pero sin confesión no puede haber perdón». Este lema de Desmond Tutu preside la Comisión para la Verdad y la Reconciliación en Sudáfrica. Continuando con la máxima del arzobispo, seguidor del proyecto del ‘Madiba’ vasco, para que haya futuro tiene que haber perdón y para eso es necesario saber qué pasó. Hace falta una confesión.

Han pasado casi 35 años del asesinato de mi padre, Basilio Altuna Fernández de Arroyabe, a manos de ETA político-militar, organización a la que pertenecía en ese momento como miembro activo de su estructura militar Arnaldo Otegui Mondragón, alias ‘Gordo’. Los asesinos y sus colaboradores nunca han sido juzgados. Judicialmente el caso ha prescrito, por lo que sólo queda la confesión y la verdad.

Bajo esta circunstancia se encuentran otros casos a los que Otegi, como

miembro de ETA político-militar, podría aportar algo de luz. Son asesinatos sin esclarecer y archivados por la justicia, como el de Javier de Ybarra; el del Alfonso Estevas-Gilmain; los de J. Manuel Amaya, Jesús Emilio Pérez, Juan Luna, Dorothy Fertz, Guadalupe Redondo, Dionisio Rey y J. Manuel Juan Boix, salvajemente asesinados en un triple atentado en Madrid; el de Joaquín Becerra; el de Mario González; el de José Ignacio Ustaran; y el de Juan de Dios Doval. Hay un excepción: el asesinato del directivo de Michelin Luis Hergueta, el 25 de junio de 1980 en Vitoria, un caso que se mantiene abierto judicialmente. Posiblemente Otegi pueda aportar, además de verdad, justicia. Luis Hergueta fue compañero de Luis Abaitua, al que conoció de cerca después de mantenerlo diez días secuestrado en un habitáculo minúsculo. ¿Lo recuerdas, Arnaldo?

ETA político-militar es la responsable de todos los asesinatos citados. La mayoría de sus miembros decidieron cambiar la camiseta de los ‘polimilis’ por la de ETA militar en lugar de abandonar las armas. También Arnaldo, que está en disposición de aportar a su patria la verdad que no le exigen los Pepe Mújica, ni los Willy Toledo, ni las Almodena Grandes. Piensa a lo grande, Arnaldo. Ahora que ya eres libre, te interpele y te pregunto: ¿quién ordenó, ejecutó y fue colaborador necesario del asesinato de mi padre el 6 de septiembre de 1980 en Erenchun? ¿‘Gordo’ o ‘Madiba’, Arnaldo?

ANTÓN

